

# Historia de alguien

José Balza

I

Sevilla resuena, como siempre, y cerca de la clara ventana el hombre (el caballero, hubiese escrito él) lee con sorpresa y alegría la carta real. Las mujeres –su hermana, una niña y la esposa– hablan como cantando en el patio: imitan involuntariamente el espíritu de la ciudad.

Ahora disponía sólo de un brazo y tenía cuarenta y tres años: habían pasado seis desde que tomó la decisión de casarse con Catalina y ocho desde que formulara la misma petición de aquel trabajo, que ahora el rey Felipe le concede.

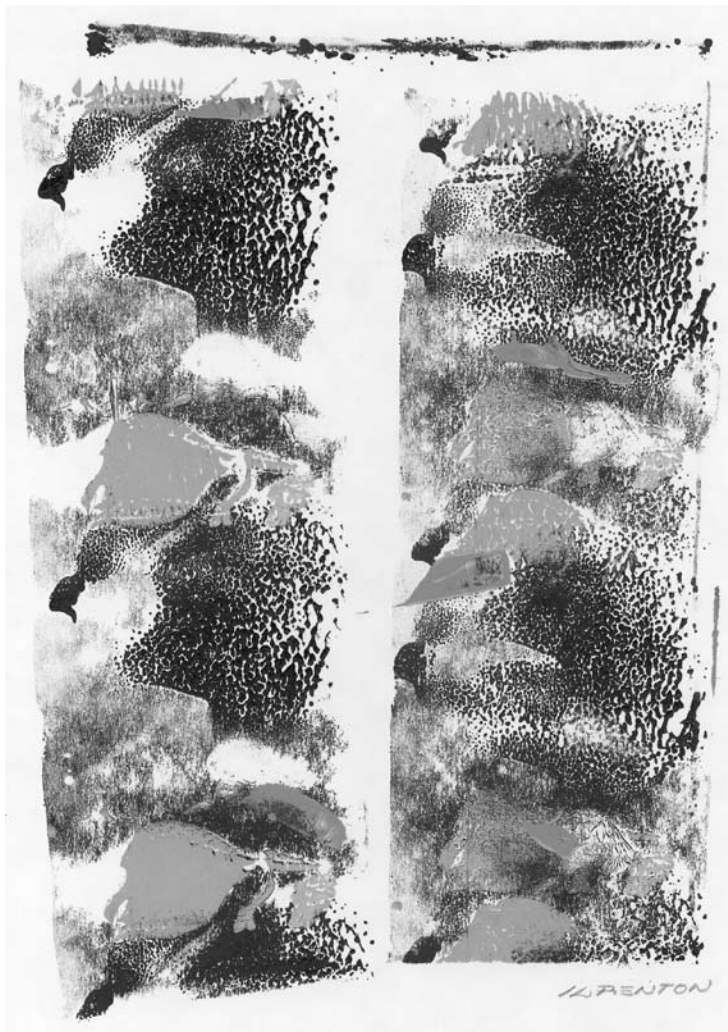
Todo indica que Catalina no le dará hijos, y en el fondo la idea lo complace. Para niños basta con criar a su sobrina Isabel; nunca se midió a sí mismo como padre: es un destino de otros. Traer a este mundo de intrigas e incertidumbres un ser querido resultaba un abuso para él: de hacerlo se comprometería absolutamente, y entonces no podría ocuparse en algo más. ¿O actúa así por simple egoísmo? Su otra aspiración –la verdadera– ha sido ser poeta, y tal vez por eso la ausencia de hijos en Catalina lo tranquiliza. Quizá se recuerde a sí mismo prisionero, y valore los esfuerzos de su madre distante por salvarlo. Mejor evitar cosas así. Claro que en su libro publicado (¡locuras de jóvenes!) hay prosa y anécdotas, pero entonces estaba en la edad intermedia que el Dante señala; y allí, sin embargo, la fuerza mayor de su expresión reside en los poemas: el vínculo entre su alma y la de Garcilaso.

Afuera el río, tan visto y leído, como si fuese un verso, trae rumores de naves. El hombre levanta la cabeza y vislumbra ese ritmo espejeante; sus dedos aprietan el papel, cuyo lacónico mensaje lo estremece: como respuesta a su brillante memorial

(soldado, comerciante, escritor), el rey le concede un empleo: pasaba a las Indias con un honroso cargo militar. Él deberá aportar algo de los gastos: pero el extraño deseo que lo condujera durante tanto tiempo ha vencido. ¿No son siete años una cifra sagrada? Él se aproximaba a ella, en su espera, y ha sido complacido. Por último, cree –sin haber aún clarificado la razón– que tiene la edad exacta para este cambio.

Catalina se asoma por la puerta del fondo: sus ojos oscuros brillan y en las mejillas hay tonos de granada. Todavía es casi una adolescente. Ella entiende como nadie su momentáneo aislamiento y su alegría: el mundo se está abriendo para ambos. ¿Hasta cuándo será maltratado su bardo con el oficio de proveedor de galeras y con las funciones de comisario de abastos? A cada instante él se mueve doblemente entre comerciantes e insultos, mientras su espíritu busca sutiles asonancias y temas nobles. Al fondo de casa hay desagradables bolsas con cereales y odres de aceite, decomisados a negociantes corruptos, que esperan ser llevados por la guardia. ¿Cómo puede soportar su marido, fino y cuidadoso, el trato con tal gentuza? Desde el fondo de la sala observa su rostro aguileño, el cabello castaño, la boca estrecha que le sonríe. La joven se acerca, mimosa y susurrante. Desde la holgada silla en que reposa, el marido tiende su brazo sano y la atrapa por la cintura: cómo ama ese talle ceñido y su boca. Hunde su cabeza en el pecho de ella; la siente respirar, imagina los negros vellos del sobaco, el aroma axilar –como de mediodía– y las fuertes nalgas que saben aprisionarlo. Pocas veces el deseo lo consume de tal manera como cuando ama a Catalina –hubiese escrito él–. Después de su boda debió ejercitarse para que la voluntad controlara sus estallantes orgasmos; mucho le costaba retener el placer ante aquel cuerpo singular.

Ella lo sabe, se inclina sobre él; y lo besa compartiendo la intensidad sensual del momento y la dicha de su inminente cambio de vida. Por segundos el hombre recuerda otros amores, en tierras de Italia y Portugal, en Madrid y terriblemente en Argel, y su debilidad ante las perversas fascinaciones de la propia Sevilla. ¿Qué cosa no hay aquí? ¿Cuántas noches ha dedicado al licor y a las pasiones? Sólo algo lo contuvo siempre: su escaso bolsillo.



El bello río lleva y trae a su puerto aventureros y comerciantes, santos y sacerdotes, niños, animales, mujeres; viciosos y ladrones, pobres y ricos; gente triste y gente sabia, perdedores y desesperados, soldados y sirvientes, en fin. Todo, menos poetas, o dicho de otro modo, un poeta como él.

Si mal no recuerda está escribiendo poesía desde la adolescencia y no tuvo después alegría mayor que ver incluidos sus primeros textos en un libro de conjunto. Catalina le mueve sus dedos dentro del pelo y parece hilar con picardía sus bigotes aún de oro. ¿Cómo se llamaba, Dios mío, aquel romance que tanto amó y que llegó a memorizar por completo? ¿Era sobre una chica nombrada Moriana? No: trataba

de un pobre labrador que habiendo leído tanto el *Romancero*, enloquece y se cree el protagonista de los poemas. Quiere defender a una pastora, piensa que se ha convertido en moro, en Almoradí o en el Tarfe. ¡Oh, aquel romance!: que nunca leyó, porque lo escuchaba por las tardes a su propia madre, mientras su padre, el médico, le pedía que repitiera partes: para él o para los hijos.

—Catalina, ¿recuerdas algún verso de aquellos que te recité tantas veces poco después de casarnos?

—¿Qué cosas tienes... No lo creo. ¿Era sobre un loco?

—¡Ah! Sí, pero el pastor no estaba realmente loco... ¿recuerdas?:

Oh noble marqués de Mantua,  
mi tío y señor carnal.

Desde el puerto un ruido infernal los interrumpe. Los amantes se asoman, y las otras personas de la casa corren hacia la puerta. Mucha gente grita y otras se apresuran. Al parecer, dos hombres borrachos se golpean con violencia. Muchos chiquillos sucios saltan a su alrededor, y la mujer pintarrajeada del más gordo los insulta y los escupe. Pero en el muelle, la multitud se lanza aullando sobre un espectáculo soberbio: dos naves que se movían en sentidos contrarios han chocado. La más pequeña —aunque ambos barcos soportan grandes cargas y buen velamen— se inclina peligrosamente de lado. Los tripulantes saltan al agua.

—Ay, mi amor, mi amor, que no nos vaya a suceder algo así.

—Tranquila, mujer. La suerte está con nosotros. Elegiremos un buen barco, para salir al mar. Pondremos nuestro destino en el más espléndido.

## II

¿Cuántas semanas flotando sobre las aguas? El viaje es sereno, aunque Catalina pase malos momentos. Él ha tenido la gran alegría de volver a una complicidad profunda de su corazón: el mar. Todo lo lleva veinte años atrás: al esplendor de su juventud, al cuerpo elástico y perfecto, a su enloquecida valentía. Se ve caer, poco después de haber iniciado su actividad de soldado, en una fiebre intensa; tiene buenos amigos y el jefe de la armada cristiana es admirable. Pero justo entonces les atacan los turcos. O muere en cama o se lanza a la defensa. Como en un delirio se une a los soldados, obedece las órdenes

y combate hasta que dos arcabuzos le hieren el pecho y la mano izquierda, que quedará inmóvil.

El mismo mar de ahora lo lleva a quince años atrás. Regresaba desde Nápoles a España en otra galera: de nuevo una flotilla turca los aborda y los somete. Lo convierten en esclavo y tendrá un cautiverio de cinco años. Cómo creó fuerzas para resistir las ínfimas condiciones de vida y el desprecio; cómo estableció con los otros prisioneros planes de fuga, siempre frustrados. El Bey fue ordenando castigos mayores cada vez; no tenían respuestas sus cartas al rey de España. Su piel acoge hoy, mientras atraviesa el océano, aquellos calores terribles, el encierro y la putrefacción del ambiente y de los cuerpos. Quisiera no recordar el humillante trato sexual que recibió de los fornidos guerreros turcos, y a cuya crudeza tuvo que acostumbrarse no sin advertir una sorpresiva tentación de adaptarse. ¿Cómo contar a Catalina todo eso? De ambas aventuras sólo sabe mostrar la parte que le causa orgullo; o que le proporciona un triunfo, como lo es este viaje –facilitado por el rey–, y que representa su más hondo cambio de existencia.

Todo lo lleva a pensar en aquellos adagios de Erasmo que tan gustosamente leyó o en las paremias de Juan de Mal Lara, que aún cita, con risa y fruición: porque los comparte, porque los aplica a su vida diaria.

Ahora que viaja hacia un mundo nuevo (puede llamarse California, Soconusco, Veracruz o La Guayra, no sabe exactamente qué puerto elegirá para vivir: su cargo vale en todos) sabe que tampoco aquellas novelas de caballeros que tanto amó y criticó –algunas de las cuales vienen en su valija– eran completamente falsas. El heroísmo y la locura de su juventud, la búsqueda de la libertad y de la justicia, las batallas sangrientas, su capitán tan joven y arrojado como él mismo, las mujeres extrañas y difíciles: todo eso existe a diario y estuvo en su vida. Como este viaje, que también pudiera ser fragmento de una fantasía.

Eso le dice el mar (o él lo piensa) mientras la fiel Catalina espera en la pequeña recámara. Sabe que ella, como las damas inmortales, rodeará su existencia, aun después de que él muera. Ya han conversado sobre su nuevo trabajo en las Indias, ya ha pensado en la casa, que estará cerca del mar. Lo único que él no le confesará jamás es cómo le duele el pérfido juicio de Lope sobre su arte de poeta: “Ninguno hay tan malo...” ¿No esconde este viaje una huida? ¿O acaso la decisión de ser imperfecto? Tal vez sea así: en un mundo nuevo, a la edad exacta para emprender la creación más exigente, podrá hundirse en Garcilaso y en Herrera, en Ariosto y Dante, en fray Luis de León. Desde su pensamiento, desde

su inspiración y sus estudios, emergerá la obra poética que asombrará al mundo.

### III

Todo ha cambiado. Apenas fondeados en la rada, preparados para desembarcar, asistieron a la súbita persecución de una gran nave por parte de pequeños barcos. Gritos y cañones. El barco pirata desapareció en la distancia, con un insólito despliegue de humo y banderolas; los barquitos regresaban lentamente, en señal de justicia frustrada. ¿Cuántos muertos y heridos traían? Además de los alimentos y los valores robados, ¿cuántos cautivos llevaban los corsarios ingleses en la alta embarcación?

Después fue el ingreso a la ciudad: desordenada y bulli-ciosa en el muelle y las primeras calles. Cada vez más blanca y quieta al extenderse sobre las lomas. La Oficina Real los recibió con entusiasmo, pero sin especiales atenciones. Les fue asignada una casa del barrio nuevo, pintada con cal, amplia y distinguida por tres palmeras y un seto de clavellinas en el patio. Las puertas arqueadas y la ondulación de las palmas hicieron recordar al hombre una lejana ojiva de Argel. Durante los primeros meses el sueldo fue puntual; después gradualmente parecieron olvidarlo –los de aquí y los de España–. El cargo no resultó tan honroso como parecía: bastante impersonal en la burocracia militar. Felizmente, la hermana era hábil: también Catalina. Y no tardó su sobrina en casarse adecuadamente.

Estaba en las Indias, como había soñado, como habían soñado tantos otros. Le gustaban el calor y la vivacidad del puerto; escapaba con frecuencia de casa, decidido a no abandonar su capa verde y a pavonearse en alguna taberna. Su espalda ancha lucía como un complemento de su barba; sólo le resultaba difícil ocultar la rápida caída de los dientes.

La poesía venía a él con desenfado:

O le falta al amor conocimiento, o le sobra crueldad...

escribía, viendo las historias del puerto: un hombre que asesina por amor, otro que enloquece ante el desprecio, la sensual amistad con que algunos esclavos parecían mirarse furtivamente o desear las blancas manos de los gobernantes y sus mujeres. ¿No había encontrado tras las bardas a un indígena eyaculando dentro del vientre de una negra núbil? ¿No había traído la esposa del gobernador a un maestro italiano de baile, para después de seducirlo matar con él a su esposo y escapar juntos?

Vio, en un acto de justicia pública, cortar la mano derecha a cien hombres, como castigo por un hurto extraordinario; pero no desconocía que, entre los jueces, muy al estilo español, estaban tres magistrados responsables del robo y que no tardarían en recibir los beneficios.

Discutió con los de la aduana para que los libros solicitados a la metrópoli se le entregaran completos. Nadie quería realmente leer, pero les apasionaba decomisar cosas para revenderlas o para cobrar comisiones a quien ya hubiese pagado los textos. Los poemas de Ausias March a sus amores oscuros fue una de esas pérdidas irreparables. (A su memoria volvían apenas algunos versos del maestro antiguo: “¡Oh loco Amor! Me espanta vuestro nombre”. Y los mezclaba con la luz lujurianta, con los pechos desnudos de las indias y de los esclavos negros; con los romances que Catalina volvía a recitarle, con el licor y la música del mar.) Nunca ha querido escribir ciertos versos que memoriza desde hace años: “Yo, que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo”.

Cierta madrugada, frente a su casa, mientras las mujeres dormían, creyó escuchar una discusión, puñetazos y sollozos. Tomó el candil y salió. En el lejano silencio de los perros, descubrió junto a su puerta a un caballero muerto. El sereno y algún guardia que, ¿casualmente?, pasaban, entendieron que la lucha había sido entre ellos. Como en viejos tiempos fue llevado a la cárcel.

Desde allí, poco antes de que declararan su inocencia, formó parte de un extraño pelotón: grupos de militares que salían en las noches a deshacer y a incendiar pequeños poblados indígenas y criollos. Aunque él iba obligado, no fue ajeno a la voluptuosidad de los desastres, en que se mezclaba la muerte con alguna violencia sexual.

Cuando volvió a su hogar, la cuidadosa hermana de siempre había muerto. Catalina no logró consolarlo en mucho tiempo.

#### IV

Son las diez de la mañana: se levantó tarde y siente como si el intenso sol de todos los días fuese más tórrido: la luz entra, hostiga, celebra, mata, alza. Ocurre como si la casa no tuviera techo. Una llama reveronesca lo atrapa. Aprieta los ojos y llama a Catalina.

¿Debía regresar a España? Tiene cincuenta años (otro ciclo de siete) y lo admite: en cualquier sitio todo parecía ser igual. Tampoco postergaba otra certeza: reconocía dentro de sí aquella alma que se eleva y se disuelve en un éter abstracto:

guarda un alto grado de generosidad, de perfección, que despertaba con la belleza. Hay algo en él superior a sí mismo. Pero esa alma se transfundía en vulgaridad y mal, en lujuria y crueldad. ¿Qué hubiera sido de él si su aguda conciencia no lo rescatara de aquello? A menos que un hombre sea múltiples y contradictorias existencias.

Ya quizá y aun sin quizá no emprenderá el regreso ni ninguna otra aventura. Descubrió que había ganado en sutileza para recordar y contemplar los sucesos diarios. El hombre más honesto cobijaba inclinaciones perversas; el más valiente, cobardía. El peor, un momento de nobleza. Por eso —piensa— en cada uno de nosotros respira un gordo y un flaco. Cualquier cosa que haga estará signada por el humor: a esta edad del desengaño hay que corresponderle con el sarcasmo, la risa o la ironía.

Aquí morirá, antes que Catalina, como habían acordado en sus juegos. Aquí escribiría sin cesar, justo hasta el momento en que las ansias de la muerte paralicen su única mano. Pero la vida le enseñaba que un torbellino imaginario estaba arrastrándolo: ya no podía someterse al agudo filo de la poesía, quien canta una vez llora toda la vida; prefería abandonar lo sublime para comenzar tal vez a acuñar un símbolo innecesario. Una meditación tumultuosa, un vértigo expresivo lo conducían a otra escritura. Quería burlarse y ser fiel; quería no parecerse a sí mismo en cuanto pudiera decir. Quería segmentar y apartar el alma de los hombres, para que pudiesen contemplarla en su división y su simbiosis. El hombre no resiste sino lo ambiguo; un segundo de certeza absoluta lo aniquilaría. ¿Habría tenido oportunidad de pensar igual allá en Valladolid o en Sevilla? Tal vez, tal vez, porque se es el mismo en cada lugar: la pluma es lengua del alma —hubiese escrito él—. Pero únicamente en un Mundo Nuevo se puede desafiar a la retórica: convertir en versiones libres todo lo que ya ha sido y será codificado. Sólo dentro de esta luz y ante este mar que lo convoca y lo acoge podrían surgir los versos que se le convierten en prosa: la historia de un otro y su otro, el refugio de alguien múltiple.

Estaba preparado. Su mujer le trae café. La luz disminuye, aunque envuelve de manera espectral. Abre los ojos; se aparta hacia su mesa de trabajo, cerca de la clara ventana y deja que la pluma fije las primeras frases:

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...•

JOSÉ BALZA es novelista, cuentista y ensayista venezolano y uno de los escritores latinoamericanos más destacados del *postboom*. Posee una amplia obra, en la que destacan el libro de relatos *Ejercicios narrativos* (UNAM, 1995) y *Espejo espeso* (1997) y el de ensayos *Observaciones y aforismos* (2005).